

REVISTA

DE LA

FACULTAD DE MEDICINA

Volumen XXIII

Bogotá, Novbre. - Dicbre. de 1955

Nos. 11 y 12

Información de la Facultad

El 4 de Noviembre falleció en esta ciudad el profesor de la Facultad, Dr. Eduardo Perilla Alvarado, por tal motivo el profesor Mario Gaitán Yanguas, pronunció durante el sepelio las siguientes palabras:



Dr. Eduardo Perilla A.

En representación del Decano, del Consejo Directivo y de los Profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional he venido a despedir a un colega, un compañero, un amigo. Despedirlo para un viaje al cual se parte sin dejar la esperanza del regreso que dulcifica la amargura de la separación. Pero Eduardo Perilla puede partir con la satisfacción de que, si no ha de volver su cuerpo, deja con nosotros en cambio su espíritu como compañía permanente y ejemplarizante.

Porque Eduardo Perilla, a todo lo largo de su corta vida supo despertar en los que lo conocimos el cariño por el amigo, el respeto por el profesional, la confianza por el médico y la admi-

ración por el profesor, ya que todos estos calificativos se reunían en él para formar esa unidad tan valiosa que le permitió alcanzar el puesto tan sobresaliente que ocupó en nuestra sociedad.

Desde sus años de estudiante, cuentan los que tuvieron la fortuna de ser sus condiscípulos, fue ganándose la estimación de todos ellos a base de su sencillez, de su jovialidad, de su inteligencia y de su lealtad. Poco a poco, aún antes de haber recibido su grado, fue tomando contacto con el mundo doliente de los enfermos, de suerte que al recibir el espaldarazo del doctorado el 21 de noviembre de 1935, ya era él un médico cabal con el sentido de la comprensión del dolor humano y de la necesidad de penetrarse con él para aliviarlo.

Y siguió ejerciendo este apostolado durante veinte años, a lo largo de los cuales pudo vanagloriarse de haber conquistado la fé y el cariño de todos sus pacientes. Fue Eduardo Perilla un médico a la manera médica, de los que ya quedan pocos ejemplares entre nosotros. Un médico que ejercía su profesión no tanto a base de drogas sino principalmente con palabras de consuelo y de alivio, llevando la tranquilidad y la paz a aquellos enfermos a quienes las píldoras y las inyecciones ya poco podían ofrecerles. Un médico que lo mismo se hacía comprender y querer por los padres que por los hijos, o los abuelos, los obreros o los millonarios.

No es de extrañar así que fuera para él cosa bien sencilla lo que para otros exige enormes esfuerzos y representa grandes dificultades: conquistar en franca y leal competencia los títulos de Internados, de Jefaturas de Clínica y de Trabajos en las cátedras de la Facultad de Medicina y llegar a la cima, al cargo de Profesor, desde donde procuraba transmitir a sus discípulos sus buenas cualidades, preocupándose más por el espíritu y la moralidad médicos que por las mismas fórmulas científicas.

Y para completar esta meritoria y satisfactoria vida, formó un hogar ejemplar en donde el cariño de la esposa y de los hijos, al llegar rendido por la faena diaria, le daba ánimo para continuar sacrificando su vida en bien de sus pacientes.

Si sus padres, hermanos, esposa e hijos lloran amargamente su desaparición, si sus amigos no encontraremos reemplazo para su amistad, son sus pacientes los que más han de lamentarlo, porque a ellos consagró su vida y sus energías hasta terminar ofreciendo su cuerpo en holocausto en el altar de la medicina.